

NACIONALISMO GALLEGO Y SOCIEDAD:  
UNA INTERPRETACIÓN GENERAL (1840-1994)

*Justo G. Beramendi*  
*Xosé M. Núñez Seixas*

El objetivo de este artículo es analizar de modo sintético la relación entre la sociedad gallega y el movimiento galleguista desde 1840 hasta nuestros días, ensayando asimismo una explicación de su especificidad. Lo que implica, a su vez, dos consideraciones preliminares:

1. Los caracteres básicos de esa relación, a saber: las bases sociales del movimiento nacionalista y su evolución a través del tiempo; los sectores sociales a los que apela, y la naturaleza e intensidad de la respuesta de la sociedad a ese mensaje. Pieza fundamental de ello es considerar la estructura socio-profesional de la afiliación galleguista, la evolución y naturaleza de los resultados electorales del nacionalismo, y el grado de penetración e influencia relativa alcanzado en organizaciones y agentes representativos de intereses sociales colectivos (sindicatos, patronales, cultura, prensa, etc.); y, finalmente, la presencia en instituciones político-administrativas.

2. Los principales factores que condicionan esa relación, a saber: la dinámica socio-económica de Galicia dentro del estado español; la naturaleza y evolución del estado, la organización del poder y los sistemas de partidos españoles y sus repercusiones en Galicia; y las actitudes de los diferentes grupos sociales del pueblo gallego hacia la cuestión nacional.

*1. Los factores condicionantes.*

Partiremos de la base de que la dinámica socio-política del país gallego es prácticamente desconocida para un público internacional. En función de ello, empezaremos por señalar una serie de claves:

En primer lugar, es de señalar una *dinámica socio-económica entre el subdesarrollo y la dependencia*. Galicia (6% del territorio español)

era un territorio muy densamente poblado en la Edad moderna, pero su peso demográfico relativo dentro de España ha ido decayendo acusadamente a causa de la emigración masiva: hoy en día sus 2,9 millones de habitantes representan un 7,4% del conjunto español (frente a un 13% en el siglo XVIII). A comienzos del siglo XIX, la actividad económica preponderante era una agricultura basada en un policultivo de alto rendimiento pero orientado hacia el consumo interno. Actividades secundarias, pero importantes, eran la pesca y la protoindustria rural, siendo muy débiles la industria artesana urbana y el comercio. Estamos ante una economía tradicional que experimenta lentas innovaciones (p. ej., el comercio con América que se desarrolla en algunos puertos, como A Coruña, algunas fábricas modernas a principios del XIX, o el desarrollo de las salazones de pescado para la importación). Lo más específico de la economía gallega, sin embargo, ha sido su peculiar modo de organización y distribución de la producción agraria: el *foro*, una cesión de la tierra a largo plazo al campesino a cambio de una renta fija en especie. La mayoría del excedente agrario se repartía, casi a partes iguales, entre el mayor propietario rural, la Iglesia católica (cabildos y monasterios) y una numerosa baja nobleza rural intermediaria surgida desde el siglo XVI (la *fidalgúa*), la cual a su vez subforaba la tierra a los campesinos. Si bien el sistema foral permitía al campesinado gozar de una gran estabilidad en el usufructo de la tierra, el reducido tamaño de sus explotaciones prácticamente lo limitaba a la subsistencia. Así pues, la economía y la sociedad de Galicia se articulaba mayormente alrededor del binomio señores/campesinos, siendo el peso específico de los demás grupos sociales mucho menor (alta nobleza, trabajadores urbanos, clases medias y una débil burguesía). Y además la escasa burguesía gallega era en buena parte de origen foráneo (catalanes, vascos, castellanos e incluso franceses e ingleses, según los sectores productivos).

Esta situación social y económica determinaba el carácter periférico de Galicia dentro del estado español desde fines del siglo XVIII. Pero el país conservó, en parte por su aislamiento, unos rasgos de etnicidad propia y diferenciada, expresados en primer lugar en un idioma propio (la lengua gallega, con tradición escrita desde la Edad media, aunque reducido al uso de las clases populares desde la Edad moderna), y en segundo lugar en sus costumbres tradicionales y populares. Faltaba sin embargo un referente de autogobierno próximo en el tiempo (Galicia sólo muy esporádicamente constituyó una unidad política independiente en la Edad media).

¿Cómo incide sobre las condiciones socio-económicas estructurales del país el proceso de revolución burguesa y la débil modernización económica y social de la España del siglo XIX? Podemos resumirlo así:

La reforma agraria liberal del siglo XIX (especialmente, las Desamortizaciones de 1835 y 1855) desposeen a la Iglesia católica y a los municipios en toda España, pero en Galicia respetaron el usufructo estable del campesino sobre la tierra, con lo que en la práctica sólo se transfirió el derecho de percepción de las rentas a los nuevos beneficiarios, la burguesía y en menor medida hidalgos y campesinos. De este modo, los caracteres básicos del sistema foral se

perpetuaron durante todo el XIX y aún parte del XX. Las consecuencias de esta arcaica pervivencia en un país mayormente agrario fueron el bloqueo de la modernización agraria y, por extensión, de una industrialización autóctona; la hegemonía social de la *fidalgúa* agraria; la desarticulación de la proto-industria autóctona; una escasa urbanización, y la emigración masiva hacia América de cuantiosos excedentes demográficos<sup>1</sup>.

Esta dinámica de subdesarrollo relativo sólo empieza a invertirse en el primer tercio del siglo XX. A fines del XIX, la unión con ferrocarril con el resto de la Península facilita la exportación de carne y otros productos hacia el mercado español; asimismo, la necesidad de adaptación del campesinado a la crisis agraria finisecular está en el origen del surgimiento del movimiento asociativo campesino (el *agrarismo*, semejante en muchos aspectos a la agitación agraria irlandesa — la *Land League* — o varios movimientos agrarios de Europa oriental), y las remesas de dinero enviadas por los emigrantes americanos a sus familias, son factores que convergen para provocar una crisis progresiva e irreversible del sistema foral, y que entre 1900 y 1936 permite un paulatino ascenso del campesinado a la propiedad plena de la tierra. De este modo, la *fidalgúa* desaparece paulatinamente como tal y se diluye en las clases medias urbanas (profesionales liberales, funcionarios...), consolidándose por el contrario una nutrida clase de pequeños campesinos propietarios que, sin embargo, son incapaces de superar la situación de agricultura de subsistencia, por lo que han de seguir emigrando. Algunos signos cualitativos de modernización socio-económica, con todo, se suceden en este período: además de avances en el sector agrario hacia una mayor especialización y renovación técnica de la producción agraria, dirigida hacia el mercado y en parte con base en el tejido asociativo campesino<sup>2</sup>, tiene lugar un modesto crecimiento urbano y una expansión de las actividades terciarias, así como se desarrollan algunas industrias nuevas de impacto muy localizado (construcción naval, industria conservera, hidroeléctrica...). Aunque no alteren el peso específico central del sector primario en la economía gallega, las clases medias ganan una mayor incidencia social relativa, así como el movimiento obrero.

1. Cfr. X. Carmona Badia, *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las industrias textiles (1750-1830)*, Barcelona, Ariel, 1990; Id., *Crisis y transformación de la base industrial gallega, 1850-1936*, in A. Carreras - J. Nadal (ed.), *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, Ariel, 1990, pp. 23-48; X.A. López Taboada, *Economía e población en Galicia*, A Coruña, Edicións do Ruego, 1981; R. Villares, *La propiedad de la tierra en Galicia, 1500-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1982; J. de Juana y X. Castro (eds.), *V Xomadas de Historia de Galicia. Galicia y América. El papel de la emigración*, Ourense, Deputación Provincial, 1990.

2. Cfr. L. Fernández Prieto, *Labregos con ciencia. Estado, sociedade e renovación tecnolóxica na agricultura galega (1850-1939)*, Vigo, Edicións Xerais, 1992;

La Guerra civil (1936-39), en la que Galicia sucumbe en pocos días al control del bando franquista, supone un brusco paso atrás en este incipiente proceso de desarrollo económico. Seguirán unos años de estancamiento socio-económico (1939-1950), tras los que comenzará un proceso general de modernización — al igual que en el resto de España, con diferentes ritmos regionales — y que en Galicia supondrá la inserción dependiente del pequeño campesinado en el mercado nacional español mediante la producción de leche, carne y madera, pero mediante la introducción de sociedades privadas e incluso multinacionales en el sector; un débil pero continuado crecimiento urbano, y asimismo una industrialización localizada en *enclaves* productivos, pero que consigue que desde los años Sesenta el total de la población activa en los servicios y la industria supere a la ocupada en el sector primario<sup>3</sup>; en consecuencia, se asiste a un incremento notable de los trabajadores asalariados, tanto no-especializados como especializados o *white collar*, lo que se traducirá desde los años 60 en una incidencia social notable del sindicalismo obrero.

Estas tendencias continuarán durante los años 70 y 80, si bien desde finales de la década pasada se puede considerar que comienza otra etapa, marcada por las fuertes repercusiones negativas que la entrada del estado español en la Cee supone para el sector agrario, pesquero e industrial gallego. La recesión económica de nuestros días y el amplio descontento social interclasista creciente contribuyen, como veremos, a crear una nueva situación política que permite al nacionalismo gallego abrigar expectativas de auge.

## 2. *La dinámica socio-política: Galicia en el estado español*

Galicia, al contrario que Cataluña y el País Vasco, no poseyó apenas instituciones propias de autogobierno fiscal, administrativo o judicial

J.A. Durán, *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; R. Villares (ed.), *Donos de seu. Estudos de Historia agraria de Galicia*, Santiago, Sotelo Blanco, 1989; A. Martínez López, *O cooperativismo católico no proceso de modernización da agricultura galega, 1900-1943*, Pontevedra, Deputación Provincial, 1989.

3. Cfr. X.M. Beiras, *O atraso económico de Galicia*, Vigo, Galaxia, 1973; C. Nogueira - L. Soto - X. López Facal, *O poder industrial en Galicia*, Vigo, Edicións Xerais, 1980; X. Colino - E. Pérez Touriño, *Economía campesiña e capital*, Vigo, Edicións Xerais, 1983; X. Fernández Leiceaga, *Capital estranxeiro e industrialización en Galicia*, Vigo, Edicións Xerais, 1993.

con anterioridad al siglo XIX<sup>4</sup>. Así, no se pudieron formar élites beneficiadas por el control de esas instituciones (como en el caso del fuerismo vasco) que se resistiesen a perderlas y elaborasen un discurso reivindicativo de las “perdidas” libertades regionales, legitimador a su vez de un particularismo político. Ni, como en el caso catalán, pudo pervivir una memoria histórica popular de autogobierno fundada en el pasado reciente. Esto se mostrará en el caso gallego como un relevante factor que dificultará la difusión de un sentimiento nacionalista.

Si, a grandes rasgos, podemos afirmar que la evolución política de España entre 1808 y 1931 se concreta en la consolidación de una revolución liberal pactada con la nobleza terrateniente y que se concretará ya desde 1833 en un estado que adopta una forma centralista y liberal (salvo algunos paréntesis democratizadores o dictatoriales), que no llegará a experimentar una completa democratización y modernización política, estas características serán mucho más acusadas en Galicia. El clientelismo político como instancia intermedia entre los ciudadanos y el poder, vehiculado en Galicia a través de la figura tradicional del *cacique*, y la alternancia en el gobierno de partidos políticos elitistas y poco implantados, contribuían a mantener al ciudadano alejado de la influencia directa en los destinos del estado. Esto no implica una visión inmóvil: las fuerzas antisistema, tanto desde la derecha (tradicionalistas) como desde la izquierda (demócrata-republicanos, movimiento obrero) también experimentaron un desarrollo, aunque siempre bajo control, desde mediados del siglo XIX. Además de ello, aunque el estado español forjado en el siglo XIX presentaba un carácter centralista, a través de su control absoluto de la administración y de las fuerzas de orden público desde Madrid, el proceso de *Nation-building* español distó mucho de ser completo: el fracaso relativo de los vehículos de integración nacionalizadora — ejército, educación, simbología, administración — junto con el retrasado ritmo de la modernización económica de España, motivó que lo que podríamos denominar rasgos de *etnicidad* diferencial de sus diversas regiones integrantes (idiomas, costumbres, etc.) perviviesen con fuerza, y que sólo limitadamente se lograra una absorción por parte del centro del poder político de las élites regionales. Las condiciones preliminares estaban sentadas, pues, para la aparición desde 1868 de los diversos movimientos nacionalistas periféricos, que cobrarán fuerza muy especialmente desde la crisis finisecular de 1898<sup>5</sup>.

4. Únicamente, se pueden mencionar las Juntas del Reino de Galicia existentes durante el Antiguo Régimen, que poseían un carácter meramente consultivo. Cfr. R.M. Artaza Montero, *As Xuntas do Reino de Galicia no final do Antigo Réxime (1775- 1834)*, A Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 1993.

5. Cfr. B. de Riquer, *La debole nazionalizzazione spagnola del XIX secolo*, “Passato e Presente”, vol. XI, n. 30 (1993), pp. 97-115.

Galicia, sin embargo, no muestra en este proceso una especificidad digna de mención respecto al sistema político español. La fuerza del carlismo fue débil<sup>6</sup>, el clero se fue integrando paulatinamente en la periferia del sistema político, y los partidos políticos de ámbito español dominaban sin apenas contestación. El clientelismo halló además en Galicia uno de sus paraísos, siendo un vehículo adicional de integración de la hidalguía rural en el sistema político<sup>7</sup>, y la escasa entidad de la burguesía y de las clases medias impedía que se formasen élites políticas regionales de suficiente influencia e intereses contrapuestos al centro. Solamente en los breves períodos democráticos de 1868-74 y 1931-36 la burguesía gallega hizo oír su voz mediante organizaciones republicanas de envergadura, e incluso de carácter autónomo. Dentro de ese auge del republicanismo en Galicia, combinado con la agitación de parte del campesinado a través de las sociedades agrarias, se producirá el primer avance cuantitativo de importancia del nacionalismo gallego, que sólo se dotará de un partido en el sentido moderno del término en 1931.

La Guerra civil interrumpe abruptamente una dinámica socio-política cualitativamente distinta, y durante los casi 40 años de dictadura franquista (1939-75) Galicia seguirá una evolución semejante a la de otras zonas de España. No obstante, desde los años 60 los importantes cambios socio-económicos (disminución progresiva del peso del sector agrario — que aún así se mantiene a un nivel superior al resto de España —, aumento de la población urbana y de las actividades secundarias y terciarias) que experimenta el país determinan un auge significativo de la oposición política clandestina, y sobre todo del movimiento obrero, resurgir en el que se insertará una segunda etapa de la historia del nacionalismo gallego con unos contenidos políticos muy diferentes: mayormente de izquierdas, dirigidos tanto a la población rural como sobre todo a la urbana, y adoptando formas de organización política sólidas y resistentes, lo que les confiere un dinamismo superior al de su presencia social real. A lo que se unirá también la progresiva *galleguización* cultural de la izquierda estatal, que pasará a aceptar e incorporar las reivindicaciones lingüísticas, y parte de las políticas, del galleguismo. Un proceso que denotaba la cierta legitimidad e incluso hegemonía moral que la cultura galleguista había adquirido durante los años de oposición clandestina, y al mismo tiempo la deslegitimación del discurso nacionalista español de la izquierda durante el franquismo y la transición democrática<sup>8</sup>.

6. Cfr. X.R. Barreiro Fernández, *El carlismo gallego*, Santiago, Pico Sagro, 1976.

7. Apenas contamos con estudios relevantes sobre el caciquismo en Galicia durante la Restauración. Cfr. en todo caso una lúcida reflexión en J.M Cardesín y P. Lago Peñas, *Repensando el caciquismo: espacio político y agencia social en la Galicia de la Restauración*, "Historia y Crítica", II (1992), pp. 191-226.

8. Cfr. B. de Riquer, *Aproximado al nacionalisme espanyol contemporani*, in P. Anguera et alia, *Illes. Jomades de Débat Orígens i formado deis nacionalisme a Espanya*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, pp. 245-261.

En el período actual, que parte de la transición democrática (1975-1990) y la posterior estabilización del régimen monárquico-constitucional español, la instauración tanto de un sistema democrático como de una estructuración territorial descentralizada (el Estado de las autonomías) tendrá también una traducción en Galicia: el Estatuto de autonomía de Galicia se plebiscita y aprueba en 1980, y en los años sucesivos se consolida y desarrolla el marco institucional autonómico, lo que confiere a la actividad política gallega una nueva dimensión y a la vez sirve de estímulo al fortalecimiento de la conciencia diferenciada del país<sup>9</sup>. El nacionalismo gallego, escindido en diversas organizaciones políticas y mayormente orientado hacia la izquierda, se muestra incapaz de desafiar la hegemonía del centro-derecha y de la izquierda estatales en Galicia: los repetidos intentos de crear un partido nacionalista de centro-derecha (al igual que los partidos mayoritarios en Cataluña o País Vasco) fracasan estrepitosamente, en parte porque su potencial de expansión es absorbido por el viraje regionalista moderado y culturalmente galleguista de la derecha estatal, y la izquierda nacionalista se mantiene en una cuota de conjunto de un 12-15% del electorado, con altibajos. Sólo desde 1990, en razón de los intensos cambios sociales acontecidos desde la década anterior y de las tensiones socioeconómicas negativas que la integración de España en la Cee produce en una parte importante del tejido productivo del país, el mensaje de una izquierda nacionalista renovada parece superar el bloqueo social al que estaba sometida.

### 3. *La evolución de la base social del galleguismo hasta 1936.*

Al igual, en buena medida, que en el País Vasco y en Cataluña, es problemático aplicar en Galicia de modo lineal el conocido esquema elaborado por el historiador checo Miroslav Hroch para la evolución de los movimientos nacionalistas, que presupone una primera fase de revival cultural que es sucedida por otra de actividad y agitación política<sup>10</sup>. Las primeras organizaciones y grupos de proto-nacionalistas gallegos desde el punto de vista ideológico presentaban asimismo un claro carácter político. Los orígenes del nacionalismo gallego, por lo tanto, no se hallan tanto en un movimiento de resurgir cultural — que

9. Cfr. J.L. Sequeiros, *O muro fendido. Cambio social e comportamento político en Galicia*, Vigo, Edicións Xerais, 1993; J.G. Sequeiros, *El talante del Sr. Breogán (estructuras económicas y comportamiento político en Galicia)*, Sada - A Coruña, Edicións do Castro, 1990.

10. Cfr. M. Hroch, *Social Preconditions for National Revival in Europe*, Cambridge, Cambridge UP, 1985.

tiene lugar con cierta posterioridad —, sino en un movimiento reivindicador de la especificidad política de Galicia dentro del contexto español, con rasgos ideológicos protonacionalistas. Este movimiento fue el llamado *provincialismo*, fenómeno propio de mediados del siglo XIX no sólo en Galicia, sino también en otras zonas del estado (principalmente, Cataluña), y que surgió como corriente de opinión dentro del liberalismo progresista en Galicia. El provincialismo debe su nombre a la reivindicación de la unidad territorial y administrativa del país gallego (la antigua “provincia” de Galicia, dividida en cuatro por las reformas liberales de 1833), y se configuró como una tendencia del progresismo gallego: la originalidad de tal planteamiento residía en la combinación, poco usual en el resto de Europa, entre radicalismo liberal pequeño-burgués y asunción de las particularidades regionales de los viejos estados-nación, apuntando ya la consideración política de rasgos específicos de la *etnicidad gallega*<sup>11</sup>.

Aunque el provincialismo no generó una organización política independiente del progresismo liberal español, sí que participó como corriente de opinión diferenciada en los principales acontecimientos políticos que sacudieron Galicia a mediados del siglo XIX: las *Juntas gallegas* de 1840 y 1843, el pronunciamiento militar de orientación progresista de 1846<sup>12</sup>, o, ya como última manifestación del provincialismo, la revolución demócrata de 1868. Ahora bien, el provincialismo sí fue capaz de generar una prensa específica; igualmente, potenció el renacer desde mediados del XIX de la cultura escrita en idioma gallego (el *Rexurdimento*, si bien éste alcanzará su apogeo desde 1874)<sup>13</sup>, el desarrollo de la historiografía — orientada a la fundamentación teórica de la nacionalidad gallega<sup>14</sup> —, y la configuración, incipiente pero progresiva, de una ideología protonacionalista entre 1840 y 1868<sup>15</sup>.

11. Cfr. J.G. Beramendi, *Breogán en Numancia. Sobre los orígenes y peculiaridades del galleguismo decimonónico*, en P. Anguera et alia, *Illes Jomades de Débat*, cit, pp. 81-119.

12. Cfr. sobre éste el ya clásico estudio de X.R. Barreño Fernández, *El levantamiento de 1846 y los orígenes del galleguismo*, Santiago, Pico Sagro, 1976.

13. Cfr. R. Carballo Calero, *Historia da Literatura Galega*, Vigo, Galaxia, 1975; C. Hermida, *Os precursores da normalización. Lingua e literatura galegas durante o Rexurdimento (1840-1891)*, Vigo, Edicións Xerais, 1992; A. Tamo Varela, *Literatura galega. Aportacións para unha historia crítica*, Vigo, Edicións Xerais, 1994.

14. El culmen de este proceso fue, sin duda, la publicación entre 1865 y 1873 de los 7 volúmenes de la *Historia de Galicia* de Manuel Murguía. Cfr. J.G. Beramendi, *La Galicia de Murguía*, introducción a M. Murguía, *Galicia*, Vigo, Edicións Xerais, 1982, vol. I, pp. I-XLVIII.

15. Cfr. J.G. Beramendi, *El nacionalismo gallego en el primer tercio del siglo XX*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago, 1987; Id., *Os referentes nacionais en Rosalía de Castro e no primeiro provincialismo galego*, in *Actas do Congreso Internacional de Estudos sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*, Santiago, Xunta de Galicia, 1986, pp. 381-94.

Aunque el provincialismo *todavía* no consideraba que Galicia fuese una nación diferenciada de España, sí que promovió una suerte de *patriotismo* regional gallego.

La primera generación de activistas provincialistas (1840-1846) giraba en torno a una institución político-cultural, la Academia literaria de Santiago de Compostela, fundada a comienzos de la década de los 40, y que se convirtió en un notable centro de intercambio cultural y político. Sin embargo, el número de activistas fue reducido (50-150, según las épocas); sociológicamente predominaba la clase media alta urbana (Cuadro 1), con un peso específico de lo que podríamos llamar *intelligentsia* (profesiones liberales, profesores y, encuadrables en este ámbito, estudiantes universitarios de clase media).

Cuadro 1. *Orígenes sociales del primer Provincialismo (1840-1846)*

Burguesía	2	4,6%
Intelligentsia, profesiones liberales	14	32,55%
Funcionarios y militares	3	16,2%
Estudiantes universitarios	24	55,8%
Total	43	100%

Los grupos sociales a los que los provincialistas dirigían su mensaje político eran ante todo la burguesía y la *intelligentsia*, y en segundo lugar la burguesía comercial e industrial. Sin embargo, los mismos provincialistas excluían de la participación en su proyecto político, su “Galicia ideal”, a la nobleza y al clero, y consideraban al campesinado y a las clases populares urbanas como sujetos meramente pasivos que no debían de tomar parte activa en la política, si bien se suponía que disfrutarían igualmente de los beneficios del progreso. En esas condiciones, su mensaje político apenas podía encontrar receptores.

El legado ideológico provincialista fue recogido y amplificado en parte por los republicanos federales gallegos que actuaron con gran intensidad en Galicia, especialmente durante el sexenio revolucionario de 1868-74, y que contaban con una base social más amplia (clases medias-bajas urbanas y clase trabajadora) que los mismos provincialistas<sup>16</sup>. Sin embargo, los federalistas sólo en algunos casos dieron el salto ideológico que conduciría hacia el protonacionalismo: en todo momento, el federalismo gallego concebirá a España como la nación política, siendo la estructuración federal del estado el mejor medio para consolidar la democracia.

16. Cfr. X. Moreno González, *El federalismo gallego durante el Sexenio*, Tesis de licenciatura, Univ. de Santiago, 1980; Id., *Federalismo y regionalismo en la Galicia de la Restauración*, “Estudios de Historia Social”, 28-29 (1984), pp. 455-66.

Durante la siguiente fase de evolución ideológica del movimiento galleguista, el *Regionalismo* (1880-1914), las restrictivas, condiciones políticas impuestas por el sistema político de la Restauración condicionaron y dificultaron en gran medida el desarrollo de una actividad política opuesta al *status quo*<sup>17</sup>. Sin embargo, esto no implicaba que, al igual que en Cataluña y el País Vasco, el desarrollo del movimiento galleguista se paralizase. Muy al contrario, durante este período, y especialmente entre 1874 y 1886, tendrá lugar una evolución ideológica desde al provincialismo al regionalismo, que comprendió asimismo una afirmación más sólida de los contenidos proto-nacionalistas del provincialismo, y la mayor diversificación ideológica del movimiento galleguista, al incorporarse a éste algunos sectores procedentes tanto del carlismo como del desorientado republicanismo federal. Por primera vez surgirán asociaciones políticas independientes de orientación regionalista: la *Asociación regionalista gallega* (1890-1894), en la que convergían activistas y líderes tanto liberales como tradicionalistas, e incluso republicano-federales, de militancia reducida aunque de cierta implantación geográfica, y cuya actividad pública fue mucho más modesta en el ámbito político que en el cultural. Las divisiones internas entre liberales y tradicionalistas contribuían también a hacer estériles las iniciativas políticas de los regionalistas; sin embargo, éstos, en momentos determinados, consiguieron movilizar circunstancialmente a sectores más amplios de la burguesía media y alta, como ocurrió en 1893 cuando los regionalistas participaron en la *Junta de defensa de Galicia*, una plataforma creada para evitar la supresión de la Capitanía general militar de Galicia<sup>18</sup>. Pero al disolverse ésta, debido a las propias divisiones internas de los regionalistas, las dos asociaciones galleguistas resultantes en 1897 — Liga gallega de A Coruña y Liga gallega de Santiago — tuvieron una incidencia política aún menor.

La procedencia social de los regionalistas de fines del siglo XIX presenta sustanciales continuidades con la de los provincialistas precedentes: predominio de las clases medias urbanas, y, dentro de éstas, una mayor participación de las profesiones liberales (Cuadro 2)<sup>19</sup>. Solamente es de mencionar como nuevo elemento la aparición de algunos clérigos, pero en todo caso tanto la alta burguesía urbana como la *fidalgúa* (nobleza rural), asalariados y campesinos permanecían completamente al margen del regionalismo.

17. Sobre la fase regionalista, cfr. R. Máiz, *O rexionalismo galego. Organización e ideoloxía (1886-1907)*, Sada - A Coruña, Edicións do Castro, 1984.

18. La Junta de Defensa consiguió un considerable y más diversificado apoyo social, como muestra la distribución profesional de sus 213 integrantes: 44,25% pertenecían a la alta burguesía, 16,25% al clero y un escaso 6,50% a la intelligentsia urbana. Cfr. Máiz, *O rexionalismo*, cit, p. 163.

19. Confeccionado a partir de los datos proporcionados, *ivi*, pp. 115-16.

Las capas de la población gallega más importantes desde el punto de vista económico y de su influjo social se encontraban, por lo demás, perfectamente integradas dentro del sistema de partidos español de la Restauración.

Cuadro 2. *Status socio-profesional de los miembros de la Asociación regionalista gallega (1890-1894)*

Burguesía	2	4%
Pequeña burguesía	3	6%
Profesiones liberales	30	59%
Escritores, profesores	13	23%
Clero	2	4%
Estudiantes universitarios	2	4%
Total	52	100%

Así pues, el regionalismo gallego se mostraba incapaz a fines del siglo pasado de conseguir un apoyo significativo entre sectores dirigentes de la sociedad del país como eran la nobleza rural y la alta burguesía urbana, y además ignoraba totalmente a la clase trabajadora y al campesinado<sup>20</sup>. La debilidad política resultante no se correspondía sin embargo con su fecundidad ideológica y el mayor impulso que cobraba la producción cultural en idioma gallego.

Entre 1900 y 1915, la situación no cambió en lo sustancial, si bien son detectables los primeros indicios de la nueva dinámica de movilización social que sucederá a la I guerra mundial. Organizativamente, solamente será de destacar la formación en 1907 de la coalición electoral *Solidaridad gallega* entre varias fuerzas políticas apartadas del juego político del sistema de la Restauración, participando activamente en ella los regionalistas (además de tradicionalistas y republicanos), en clara imitación del modelo de la *Solidaritat catalana* de 1906. El período comprendido entre 1907 y 1908/9 estará caracterizado por una febril actividad política de los regionalistas, guiados por nuevos líderes (Rodrigo Sanz, Ramón Lugrís Freire), pero el fracaso electoral final de la Solidaridad determinó que el regionalismo quedase de nuevo confinado a un estado de inactividad e inercia política. Un nuevo movimiento socio-político, por lo demás; progresaba por entonces entre el campesinado gallego: el agrarismo.

20. Con la excepción de las propuestas más orientadas hacia el campesinado de la corriente federalista del regionalismo (A.J. Pereira), que no fueron imitadas por el resto de los sectores del movimiento; y, quizás, de la difusión popular del semanario satírico en gallego "O Tío Marcos d'a Portela", promovido en Ourense por el regionalista liberal Lamas Carvajal entre 1876 y 1889. Para este último, cfr. M. Valcárcel, *A prensa en Ourense e a súa provincia*, Ourense, Deputación Provincial, 1987, pp. 101-104.

Este hundía sus raíces en la crisis finisecular de la agricultura gallega, y perseguía la supresión del régimen foral, contando con una amplia base popular campesina<sup>21</sup>. Los regionalistas comprendieron desde el principio el campo de expansión que ofrecían las numerosas sociedades agraristas que florecían a lo largo del país, y tendieron a apoyar a los sectores más moderados socialmente del movimiento campesino, adoptando además dentro del programa galleguista el programa de reforma agraria defendido por aquéllos (cooperativismo, hegemonía de la pequeña propiedad, adelantos técnicos...). Precisamente, este primer acercamiento al agrarismo por parte del regionalismo determinaría que en el futuro, una parte de las élites intelectuales rurales y semi-urbanas (médicos y maestros rurales, p. ej.) se mostrasen sumamente receptivos a las demandas de autogobierno político y recuperación cultural preconizadas por el galleguismo.

El galleguismo resurgió nuevamente desde 1916, encarnándose en una nueva organización, las *Irmandades da Fala*, fundadas en varias localidades del país y que representaron ideológicamente un salto cualitativo importante, en cuanto en su primer programa político (Asamblea de Lugo, 1918) se definieron explícitamente como nacionalistas, aunque se planteasen un estado federal ibérico como meta política realizable. La aparición de las Irmandades coincidió, tanto con una coyuntura favorable a nivel europeo — la difusión del principio de las nacionalidades durante la I guerra mundial<sup>22</sup> — como con el comienzo de la crisis política del estado español de la Restauración (1917). Desde este momento, el galleguismo fue capaz de articular organizaciones políticas propias.

Aunque el impulso inicial por parte de los promotores de las Irmandades había sido ante todo cultural (la defensa del idioma gallego), bien pronto se puso de manifiesto el carácter netamente político y la nueva afirmación ideológica de la naciente organización, en la que convergieron los antiguos regionalistas, tanto liberales como tradicionalistas, junto con sectores procedentes de heterogéneos campos políticos. Entre el año de su fundación y la I Asamblea (1918), las Irmandades crecieron notablemente en número y madurez política. En un principio, tanto sectores procedentes del carlismo político como la iglesia católica mostraron interés por la nueva organización, y favorecieron su desarrollo.

21. Si bien en sus cuadros dirigentes tuviese una presencia importante la intelligentsia urbana y semiurbana, así como la pequeña burguesía comercial e industrial.

22. Cfr. X.M. Núñez Seixas, *El problema de las nacionalidades en la Europa de entreguerras. El Congreso de Nacionalidades Europeas (1925-1938)*, Tesis Doctoral, Instituto Universitario Europeo de Florencia, 1992, pp. 43-92 y 567-619, para el contexto a nivel europeo y a nivel de toda España, respectivamente.

No obstante, el consenso político interno alcanzado hacia 1918-19, que reafirmaba el carácter laico de las Irmandades, así como su afirmación ideológica de Galicia como *nación* política diferente con derecho a la autodeterminación, acabó por provocar la retirada de apoyo por parte de los sectores más confesionales y de los regionalistas moderados<sup>23</sup>. En lo sucesivo, las Irmandades no podrían escapar a una permanente dialéctica interna entre sectores tradicionalistas y liberal-demócratas, así como aparecieron sectores abiertamente independentistas ya en los primeros años 20 (localizados sobre todo en América) y, muy aislados, algunos defensores de un nacionalismo de orientación socialista<sup>24</sup>. Pero las tensiones internas se subsumían en un programa de síntesis que aceptaba una definición doctrinal de Galicia como nación y un programa laico, reformista en lo social y moderadamente avanzado, que buscaba ante todo conseguir el autogobierno para el país dentro de un proyecto global de modernización socioeconómica.

El movimiento galleguista consiguió mantener así una cierta unidad organizativa, basada en un programa nacionalista consensuado, y que apelaba principalmente a la incorporación del campesinado a la dinámica social de liberación nacional, mientras por el contrario se desinteresaba por las clases trabajadoras urbanas. Entre 1918 y 1923 (fecha del advenimiento de la dictadura del general Primo de Rivera), sin embargo, la actividad política y electoral del nacionalismo fue aún muy reducida. En 1922, diferencias internas respecto a la estrategia política y el grado de radicalismo nacionalista produjeron incluso una escisión interna en las Irmandades, separándose el núcleo progresista de A Coruña-Betanzos del resto, que fundaron la *Irmandade nazionalista galega* (Ing), más purista y culturalista, liderada por el máximo ideólogo del galleguismo en estos años, Vicente Risco<sup>25</sup>.

23. Sobre los fallidos intentos del carlismo para utilizar el regionalismo, df. J.G. Beramendi, *Incidencia del neocarlismo y el socialcatolicismo en el regionalismo gallego terminal (1907-1916)*, en *Jubilatio. Homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a los profesores D. Manuel Lucas Álvarez y D. Ángel Rodríguez González*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1987, vol. I, pp. 429-44.

24. Sólo en 1932 aparecería una organización política que se definía específicamente como nacionalista y socialista, la *Unión Socialista Gallega*, de corta vida. Por lo demás, el movimiento obrero gallego — tanto anarcosindicalista como socialista — mantuvo hasta 1936 (aparte de casos individuales aislados, como Xaime Quintanilla) una posición negativa hacia el nacionalismo: cfr. M. González Probados, *O socialismo na II República (1931-1936)*, Sada - A Coruña, Edicións do Castro, 1992, pp. 285-305, y D. Pereira, *A CNT na Galicia, 1922-1936*, Santiago, Laivento, 1994, pp. 131-38. La situación cambiaba notablemente, sin embargo, en la colectividad gallega de Buenos Aires, donde la potente *Federación de Sociedades Gallegas* de Buenos Aires mantenía una posición abierta al diálogo entre socialismo, republicanismo laico y nacionalismo. Cfr. X.M. Núñez Seixas, *O galleguismo en América, 1879-1936*, Sada - A Coruña, Edicións do Castro, 1992, pp. 147-168 y 173-260.

25. Sobre la obra y significación de Vicente Risco dentro del galleguismo, cfr. J.G. Beramendi, *Vicente Risco no nacionalismo gallego*, Santiago de Compostela, Edicións do Cerne, 1981, 2 vols.

La dictadura de Primo de Rivera interrumpió esta primera fase de crecimiento, y entre 1923 y 1930 las Irmandades se concentraron sobre todo en la labor de promoción de la cultura gallega. Será entonces cuando adquieran cierta estabilidad las iniciativas editoriales en gallego (las editoriales “Lar” y “Nós”), y se desarrolle asimismo el ensayo científico y la alta cultura en idioma gallego, alrededor de la revista orensana “Nós” y del “Seminario de estudios galegos” fundado por profesores y estudiantes de la Universidad de Santiago en 1923.

El número y la procedencia social de los nacionalistas gallegos en este período (1916-1930, Cuadro 3)<sup>26</sup> muestra ciertos cambios con respecto a fases anteriores. Cualitativamente, aunque continúan predominando entre las categorías socio-profesionales las profesiones liberales y la *intelligentsia* urbana y semiurbana — sobre todo entre las élites dirigentes del movimiento —, es detectable una mayor y significativa presencia de las clases medias urbanas (comerciantes, artesanos, trabajadores cualificados). Sin embargo, la proporción de campesinos, obreros asalariados, propietarios rurales y alta burguesía industrial y comercial sigue siendo muy baja, lo que muestra claramente los límites de la aceptación social del discurso nacionalista.

Cuadro 3. *Origen social de los nacionalistas gallegos, 1916-1931*

Burguesía urbana	33	3,48%
Propietarios agrarios, rentistas	9	0,90%
Intelligentsia	371	39,13%
Funcionarios	65	6,86%
Clero	18	1,90%
Estudiantes universitarios	49	5,17%
Pequeña burguesía urbana	174	18,30%
Obreros industriales	11	1,17%
Campesinos	14	1,48%
Desconocidos	204	21,52%
Total	948	100%

El nacionalismo gallego resurgió con fuerza renovada tras el final de la dictadura (1930), y acometió un proceso de reorganización política en 1930-31, surgiendo grupos galleguistas a lo largo del país. Sin embargo, la dispersión organizativa, junto con la persistencia de las disputas estratégico-ideológicas internas, impidió configurar por el momento una organización unificada capaz de sacar fruto de la nueva coyuntura política. Tras el fracaso de la VI Asamblea nacionalista de A Coruña (1930), cada núcleo local siguió, en la práctica, su propia dinámica organizativa y estratégica en cuanto a alianzas políticas.

26. Datos tomados de J.G. Beramendi, *El nacionalismo*, cit.

Así, mientras algunos se integraron en un nuevo partido republicano de orientación autonomista, la *Organización republicana gallega autónoma* (Orga) — fruto del entendimiento entre los republicanos de Casares Quiroga y los nacionalistas de A Coruña —, buscando una estrategia posibilista y moderando sus postulados, las Irmandades del sur y centro de Galicia se mantuvieron más aferradas a una estrategia de purismo nacionalista y crearon organizaciones propias: el *Partido nazonalista repubricán ourensán* (Pnro), de orientación tradicionalista-conservadora y con ámbito de actuación en la provincia de Ourense; en la provincia de Pontevedra, el *Partido galeguista de Pontevedra y Labor galeguista*, en la ciudad de Vigo, el Grupo autonomista... Aunque la súbita proclamación de la República en toda España el 14 de abril de 1931 se produjo en medio de los inconclusos intentos reorganizativos de los nacionalistas, éstos fueron capaces finalmente de presentar candidatos propios a las elecciones legislativas de Junio de 1931, y cosecharon unos resultados apreciables: dos diputados, uno en Ourense (Ramón Otero Pedrayo) y otro en Pontevedra (Alfonso R. Castelao), mientras dos nacionalistas lo fueron en las listas de la Orga (Antón Villar Ponte y el enviado de los gallegos de Buenos Aires, Ramón Suárez Picallo). Por primera vez el galleguismo enviaba representantes propios al Parlamento de Madrid, y, sobre todo, conseguía superar la tensión entre culturalismo y activismo político que había sido característica del período 1916-23.

El fracaso de los diputados galleguistas en Madrid en conseguir — juntamente con nacionalistas vascos y catalanes — que la Constitución republicana adoptase un modelo federal de articulación territorial, y la decepción consiguiente, que se extendió a los sectores más nacionalistas de la Orga, fueron factores que contribuyeron a acelerar el proceso de reunificación política, que tuvo lugar en diciembre de 1931: tras la Asamblea fundacional celebrada en Pontevedra, surgió un auténtico partido nacionalista unificado, el *Partido galeguista* (PG)<sup>27</sup>.

El PG era ya un partido político en el sentido moderno del término. Aunque dentro de él pervivieron las antiguas tensiones ideológicas derecha-izquierda, fue capaz de elaborar un programa político orientado hacia la reivindicación del autogobierno para Galicia, en primer lugar mediante un Estatuto de autonomía; un reformismo social que quería corresponder a los intereses de los pequeños propietarios agrarios y pescadores, y que tenía como eje principal la defensa del cooperativismo y las mejoras técnicas en la agricultura; la consecución de igualdad de derechos de la mujer y una reforma fiscal progresiva.

27. Sobre la historia del PG, cfr. J.G. Beramendi, *El Partido Galeguista y poco más. Organización e ideologías del nacionalismo gallego durante la II República*, in Id.-R. Máiz (ed.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid-Santiago, Siglo XXI - Consello da Cultura Galega, 1991, pp. 126-170; X. Castro, *O galeguismo na encrucillada republicana*, Ourense, Deputación Provincial, 1985, 2 vols.

En definitiva, el PG apostaba por una profundización de la democracia política, el realce del idioma y la cultura gallegas junto a la autonomía del país dentro de la República — aunque como objetivo político lejano se deseara una República federal —, y una suerte de *Welfare State* gallego autónomo de orientación social reformista.

La expansión social del galleguismo se revelará claramente en sus resultados electorales entre 1931 y 1936, como podemos apreciar de modo aproximativo en el Cuadro 4.

Cuadro 4. *Resultados electorales (en %) del nacionalismo gallego (1931-36)*

Años	1931	1933	1936
Votos	35,61	12,7	26

La interpretación de los resultados electorales en la II República española es bastante problemática, debido al hecho de que se presentaban listas abiertas por parte de las coaliciones electorales y partidos, y por lo tanto el votante podía otorgar su voto indistintamente a candidatos de diferentes partidos: los datos apuntados han de tomarse más como indicativos que como absolutos, ya que además nunca se presentó una candidatura completa (por mayorías) de carácter nacionalista<sup>28</sup>. En Ourense, el Pnro se presentaba integrado en una coalición de centro-izquierda, pero en Pontevedra el galleguismo se presentaba por separado. Por otro lado, el bajón de 1933 es explicable por el aumento del censo electoral (al incorporarse por primera vez el sufragio femenino, más inclinado a las opciones conservadoras españolas) y por el hecho de que el PG no se integró en ninguna coalición electoral, en parte para preservar su propia unidad interna. Por el contrario, el resultado de 1936 fue obtenido yendo en coalición en tres provincias dentro del Frente popular de las izquierdas.

Con todas las reservas apuntadas, a las que además es necesario añadir la frecuente manipulación de los resultados electorales en la Galicia de la II República, tanto por parte de las derechas como — también —

28. Hemos obtenido los resultados presentados tomando en cada caso el candidato nacionalista más votado en cada provincia, añadiendo los resultados obtenidos. Para la elección de 1931 hemos tomado en consideración asimismo los votos obtenidos por el candidato nacionalista más votado en las listas de la Orga. Igualmente, en esas elecciones no se presentaron candidatos galleguistas por la provincia de Lugo, lo que distorsiona un tanto los resultados globales. Si tomamos separadamente los porcentajes por los candidatos nacionalistas que sí se presentan como tales, pero por minorías en las provincias de Ourense y Pontevedra, obtendremos respectivamente un 33% y un 25,5% de los votos en esas provincias.

de las izquierdas<sup>29</sup>, sí es posible formular una serie de observaciones generales sobre el proceso de expansión social del galleguismo entre 1931 y 1936:

1. Sin lugar a dudas, el movimiento nacionalista disfrutó de un auge sin precedentes entre 1931 y 1936. En parte, los resultados obtenidos por el PG en las elecciones de 1933 son interpretables no tanto como un retroceso absoluto, sino como un aceptable logro al haber mantenido una cuota de un 12% concurriendo totalmente solo a los comicios, y en unas circunstancias desfavorables para los partidos republicanos en general.

2. A pesar de ese aumento apreciable, en términos generales, de la aceptación social del nacionalismo, la distribución geográfica de sus apoyos mostraba ciertas discontinuidades territoriales, dando aún una impresión de relativa desarticulación interna. Aunque no conocemos la cifra exacta, sí sabemos que el PG contaba en 1936 con un número de comités locales que oscilaba entre 89 y 120 en toda Galicia<sup>30</sup>, estando localizados la mayoría de ellos en las provincias costeras de A Coruña y Pontevedra, mientras que su incidencia era menor en las provincias interiores (más rurales y atrasadas desde el punto de vista económico) de Ourense — aparte de la capital provincial y de la comarca del Ribeiro — y Lugo. El número total de militantes experimentó oscilaciones significativas, especialmente durante el Bienio Negro. Aún así, el PG tenía en 1936 un mínimo de 3337 afiliados en Galicia, a los que se unían 103 en Buenos Aires y algunos más en Barcelona y Madrid.

3. Los resultados de las sucesivas elecciones y su distribución territorial muestran en buena medida esas variaciones en el apoyo social de los gallegos al nacionalismo. En febrero de 1936, los candidatos del PG se presentaron a las mismas formando parte de las listas del Frente popular de las izquierdas, y por lo tanto se vuelve más difícil el estimar la fuerza potencial que el galleguismo poseía por sí mismo. No obstante, es indicativo que el candidato más votado en la circunscripción de Pontevedra fuese un nacionalista, Alfonso R. Castelao (53% de los votos), y que en A Coruña el tercer candidato mejor situado también lo fuese (Suárez Picallo, con un 47,5%).

29. Como muestra para el caso de la provincia de A Coruña E. Grandío Seoane, *Movilidad del voto de la provincia de A Coruña (noviembre de 1933-febrero de 1936)*, “Cuadernos Republicanos”, n. 18 (1994), pp. 37-56.

30. Si comparamos la afiliación aproximada del PG con la de otros partidos republicanos, podremos calibrar mejor su dimensión relativa, nada despreciable. El Partido Republicano Radical, que absorbió parte del agrarismo de Basilio Álvarez, afirmaba contar en Galicia con 332 comités locales en 1932, número que se mantuvo más o menos estable hasta 1936 (cfr. O. Ruiz Manjón, *El republicanismo centrista gallego durante la Segunda República. Una carta de Salvador de Madariaga*, en J. de Juana - X. Castro [eds.], *VII Xornadas de Historia de Galicia. Novas fontes. Renovadas historias*, Ourense, Deputación Provincial, 1993, pp. 163-178). En lo que respecta al Psoe gallego, éste contaba con 3573 afiliados y 78 secciones en 1932, número que parece mantenerse estable durante los cuatro años siguientes: cfr. M. González Probados, *O socialismo*, cit, pp. 25-37.

En la provincia de Lugo, sin embargo, el candidato del PG — el mucho menos conocido Xerardo Álvarez Gallego, que se presentó en solitario debido a divergencias de última hora con las fuerzas provinciales del Frente popular — sólo obtuvo un 3% de los sufragios, con lo que una primera lectura puede sugerir la conclusión de que el galleguismo sólo era capaz de cosechar votos gracias a concurrir en coalición con la izquierda española. Pero también cabe otra interpretación: el nacionalismo gallego mostraba su fuerza y obtenía buenos resultados entre los mismos sectores sociales que apoyaban a partidos de izquierda republicana no-socialista (radicales, izquierda liberal republicana, etc.), y por lo tanto el PG tendía a ser débil allí donde estos partidos eran débiles, como también era el caso en la provincia de Lugo — baluarte de las derechas, al igual que Ourense, provincia ésta donde los resultados habían sido impugnados por el Frente popular ante los claros indicios de fraude electoral a favor de Calvo Sotelo. La opción por el galleguismo era, para el votante gallego de los años 30, una especie de opción secundaria, pero no inexistente, que podía ser puesta en funcionamiento entre varios estratos sociales cuando otros *cleavages* políticos considerados más importantes — el fundamental en esta época: derecha/izquierda — eran también identificados con la opción nacionalista. El PG, con su posición centrista y republicano — progresista, empezaba claramente a hacer identificable la opción galleguista con una opción de republicanismo izquierdista, y en la medida en que ambas fuesen emparejadas explícitamente, el apoyo electoral a sus candidatos fue notable.

La composición y variaciones de la estructura social de la militancia nacionalista durante los años republicanos reflejó nítidamente este proceso de incipiente y, podemos decir, espectacular expansión social. Por lo que respecta a los cuadros dirigentes, el núcleo fundador del PG, formado por los asistentes a la Asamblea de Pontevedra (diciembre 1931), se caracterizaba aún por la predominancia de las profesiones liberales, intelectuales y funcionarios, una escasa pero significativa proporción de la pequeña burguesía y empleados, y una ausencia casi total de obreros y campesinos<sup>31</sup>. Y en los años siguientes, el predominio de las profesiones liberales e intelectuales (maestros, abogados, etc.) entre los líderes de ámbito territorial o local de los grupos nacionalistas se mantiene casi invariable, aunque entre aquéllos no deja de ser significativa una mayor presencia de comerciantes, artesanos y empleados. El tipo ideal de líder local del PG en una zona rural, p. ej. en la provincia de Ourense, era generalmente un maestro de escuela o un abogado local<sup>32</sup>.

31. Cfr. Beramendi, *El nacionalismo*, cit., p. 771.

32. Cfr. M. Valcárcel, Ourense, 1931-1936. *Estructura económica e comportamientos políticos*, Tesis doctoral, Univ. de Santiago de Compostela, 1993, pp. 430-38.

Ahora bien, considerando el conjunto de la militancia, los datos de que disponemos muestran una clara tendencia hacia un vuelco espectacular en la composición de la base social del movimiento galleguista<sup>33</sup>:

Cuadro 5. *Distribución socioprofesional de los afiliados al Partido galeguista (1931-1936)*

Hacendados y rentistas	38	1,14%
Empresarios medios y pequeños de la industria, el comercio y los servicios	189	5,66%
Profesiones liberales	147	4,40%
Escritores, artistas	43	1,28%
Profesores y maestros	165	4,94%
Eclesiásticos	1	0,02%
Funcionarios	60	1,79%
Jubilados	4	0,11%
Estudiantes	284	8,51%
Mujeres no activas	62	1,85%
Empleados y dependientes de comercio	286	8,57%
Artesanos y trabajadores autónomos		
Obreros industriales y asalariados del sector servicios	432	12,94%
Jornaleros	192	5,75%
Pescadores y marineros	78	2,33%
Campesinos	95	2,84%
Profesión desconocida	894	26,79%
	367	10,99%
Total	3.337	100%

Del análisis de estos datos se deduce claramente que la estructura social del galleguismo en 1936 se acercaba progresivamente a un perfil interclasista, como revela especialmente el aumento destacado que se produce en la participación porcentual de los sectores asalariados, empleados y artesanos (un 27,26% del total), así como de la incorporación de campesinos, marineros y pescadores (un 31,96%), mientras que por el otro lado la participación de lo que podríamos clasificar como alta y media burguesía comercial e industrial es aún reducida, pero no tan insignificante (6,80%). En definitiva, el nacionalismo gallego durante la II República estaba en camino de consolidar

33. Estos cálculos se han realizado a partir de los Libros de Registro de Socios del Partido Galeguista (Arquivo Histórico Provincial de Pontevedra), con exclusión de la relación de afiliados de Madrid, Barcelona y Buenos Aires. Para un tratamiento mucho más pormenorizado de las bases sociales del nacionalismo gallego en la II República, cfr. J.G. Beramendi, *Galicia: de provincia a nación. O galleguismo político 1840-1936*, Vigo, Edicións Xerais, 1995 (en prensa).

apoyo social acusadamente interclasista, al menos en lo que respecta a su afiliación, lo que se acerca notablemente al modelo de “partido-comunidad” del Partido nacionalista vasco en el mismo período<sup>34</sup>.

La captación de una base social entre el campesinado pequeño-propietario por parte del galleguismo republicano suponía, sobre todo, el comienzo de la realización del sueño acariciado desde 1916: algunos grupos locales ostentaban, así, una mayoría abrumadora de campesinos entre sus militantes. Ese fenómeno estaba relacionado, sin duda, con el hecho de que en varias zonas de Galicia el movimiento agrarista republicano-izquierdista sufría una acusada crisis de identidad en los años de la II República — falta de objetivos inmediatos, una vez que se consiguió en 1926 la abolición del sistema foral —, y, en consecuencia, tendió, hacia un republicanismo autonomista que se acercaba al nacionalismo. El PG, de este modo, consiguió establecer una relación bastante estable con numerosas sociedades agrarias locales: por ejemplo en la Galicia meridional, donde, en comarcas como el Baixo Miño, el agrarismo de orientación republicana se mostraba muy proclive al entendimiento con el galleguismo, en parte gracias al influjo de la Federación de sociedades gallegas de Buenos Aires, cuyo representante era además el ex-emigrado Antón Alonso Ríos, máximo dirigente agrario pontevedrés que había sido enviado a Galicia por los galleguistas porteños en 1931 con la misión de trabajar en pro de la expansión del nacionalismo y del movimiento agrario<sup>35</sup>.

Esta serie de datos nos dibujan un movimiento nacionalista en paulatino ascenso, que conseguía ir dotándose de una base social amplia y diversificada, que se acercaba a la estructura de la sociedad gallega, pero que todavía no estaba suficientemente articulada y asentada como para resistir el embate de la Guerra civil y los largos 39 años de dictadura franquista. De este modo, la *memoria histórica* del nacionalismo gallego, aunque persistió entre sectores cualitativamente importantes y entre una parte de sus militantes más activos, no sobrevivió sin embargo entre sus primeros votantes y la masa de sus afiliados del modo en que sí lo hizo en Cataluña y País Vasco: en 1936, se produce una clara ruptura generacional, que impide que el sentimiento de diferencialidad política, todavía incipiente, se refugie en el marco familiar con la fuerza en que lo hizo en Euskadi, por ejemplo<sup>36</sup>.

34. Cfr. S. de Pablo, *Notas sobre la base social del nacionalismo vasco (1931-1936)*, in Beramendi - Máiz, *Los nacionalismos*, cit, pp. 275-285; para la época de la Restauración, cfr. también L. Mees, *Entre nación y clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1991.

35. Cfr. H. Hervés Sayar, *Agrarismo e societarismo campesiño no val do Tea (1900-1936)*, Tesis de licenciatura, Universidade de Santiago, 1991; cfr. también Núñez Seixas, *O galeguismo*, cit., pp. 239-55.

36. Cfr. A. Gurruchaga, *El código nacionalista vasco durante el Franquismo*, Barcelona, Anthropos, 1985.

Eso implicará que el nacionalismo gallego tendrá que ser prácticamente reconstruido *ex novo* bajo el franquismo.

De todas maneras, el nacionalismo gallego todavía no había respondido a la expansión de su base social con la formulación de estrategias sectoriales más específicas que permitiesen armonizar el interclasismo propugnado a nivel teórico con la praxis diaria de los encontrados intereses de clase de sus afiliados, dada la creciente heterogeneidad social de la militancia del PG. Al contrario que en el caso vasco, así, todavía no existía ningún sindicato obrero nacionalista con anterioridad a 1936. Y el único intento de formar un partido socialista y nacionalista, la Unión socialista gallega (Usg) en 1932-1933, liderada por Xoán Xesús González, revistió un carácter fugaz y poco duradero: la Usg, además, solamente fue capaz de reunir en su corta militancia intelectuales y trabajadores de cuello blanco (*white-collar*), pero muy escasos asalariados urbanos. Las clases populares urbanas todavía mostraban una mayor tendencia a encuadrarse dentro del movimiento obrero español, aunque ya es observable una correlación positiva entre distritos de nutrida población obrera, como era el caso de la comarca de Ferrol, y el voto al candidato nacionalista Suárez Picallo, ex-emigrante de clara orientación social izquierdista<sup>37</sup>.

En resumen, la expansión social del galleguismo durante la II República presentaba dos vertientes, en cierto modo complementarias. Una era la expansión *sectorial* del nacionalismo, que apuntaba incipientemente hacia la conformación de una suerte de *Gemeinschaft*, una comunidad galleguista en la que se incluyese no sólo un partido político, sino también una organización de juventudes propia, grupos excursionistas y deportivos, instituciones científicas y un tejido cultural en idioma autóctono que se hallaba aún en formación y articulación<sup>38</sup>. Y una segunda era la penetración en sectores sociales más amplios de la población gallega, efectuada en varias direcciones complementarias: la pequeña burguesía y clases profesionales urbanas y semi-urbanas, incluyendo la reducida burguesía profesional e ilustrada gallega; el campesinado pequeño y medio-propietario (en mucha menor medida, marineros y pescadores) hacia el que se orientaba además el programa social y agrario del PG, coincidiendo con un momento de desorientación general del agrarismo laico pro “republicano; y el conjunto de las clases populares urbanas y semiurbanas, tanto sectores artesanales, pequeño comercio y

37. De acuerdo con los datos electorales presentados por E. Grandío Seoane, *Las elecciones de la C.E.D.A. en la provincia de La Coruña (noviembre 1933 - febrero 1936)*, Tesis de Licenciatura, Universidade de Santiago de Compostela, 1992. Suárez Picallo había sido sindicalista y candidato comunista durante sus años de estancia en Buenos Aires, pero más tarde se convirtió al nacionalismo y retornó a Galicia enviado por la Federación de Sociedades Gallegas de Buenos Aires. Cfr. Núñez Seixas, *O galeguismo*, cit, *passim*.

38. Cfr. A. Rojo, *As Mocedades Galeguistas*, Vigo, Galaxia, 1987; X.M. Núñez Seixas, *Juventud y nacionalismo gallego durante la II República*, “Cuadernos Republicanos”, n. 20 (1994), en prensa; J.G. Beramendi, *Prensa y galleguismo en Galicia durante la II República*, in J.L. de la Granja, C. Garitaonandía y S. de Pablo (eds.), *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil*, vol. II, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 145-65.

dependientes de comercio (quizás más clasificables como pequeña burguesía) como obreros asalariados.

Pero ambos elementos, sin embargo, distaban mucho de estar perfecta y coherentemente *integrados* dentro del ámbito socio-político de influencia del nacionalismo en 1936: la base social de éste se expandía y diversificaba, pero todavía no estaba plenamente articulada dentro del PG. Los nacionalistas, con todo, gracias a componendas y pactos circunstanciales con los demás partidos del Frente popular, consiguieron que el Estatuto de autonomía de Galicia fuese aprobado en referéndum en junio de 1936<sup>39</sup>, pero más gracias a una manipulación de los resultados — era preciso superar la gravosa barrera de los 2/3 del censo electoral establecida por la Constitución republicana — que como resultado de la campaña pro-autonomía dinamizada por el PG.

#### 4. *La dimensión social del galleguismo desde 1936.*

La Guerra civil forzó a los militantes galleguistas al exilio o a la sumisión interior, siendo varios de los dirigentes nacionalistas — los pertenecientes al ala izquierdista del PG — represaliados o asesinados por los rebeldes. Durante un período de 27 años (1936-1963) el galleguismo permanecerá solamente como un legado cultural en el interior, fielmente guardado por una generación de antiguos activistas que concentraron sus esfuerzos en promover en lo posible la cultura en idioma gallego, fundando una editorial con tal propósito en 1950 (la editorial “Galaxia”); asimismo, la actividad cultural perseguía como fin el preparar una nueva generación de jóvenes universitarios en los años 50 que pudiesen asegurar la continuidad histórica del nacionalismo en futuros tiempos mejores. La proyección social del galleguismo en la clandestinidad quedó reducida a unas decenas de fieles activistas supervivientes del PG republicano o de sus juventudes, y que socio-profesionalmente eran encuadrables en su mayoría en la intelligentsia y profesiones liberales<sup>40</sup>.

39. Sobre el proceso estatutario en general, cfr. X. Vilas Nogueira, *O Estatuto galego*, A Coruña, Edicións do Rueiro, 1975.

40. Cfr. X.M. Núñez Seixas, *Nacionalismo e cultura en Galicia durante o primeiro Franquismo (1939-1955)*, in A. Schönberger - K. Zimmermann (eds.), *De Orbis Hispani Linguis Litteris Historia Moribus. Festschrift für Dietrich Briesemeister zum 60. Geburtstag*, Frankfurt am Main, Domus, 1994, vol. I, pp. 245- 79; un testimonio interesante en X.L. Franco Grande, *Os anos escuros, I. A resistencia cultural da xeración da noite (1954-60)*, Vigo, Edicións Xerais, 1985.

Por otro lado, los líderes nacionalistas que se exiliaron y trataron de mantener el legado político del nacionalismo basándose en las organizaciones galleguistas ya existentes entre las colectividades de emigrantes gallegos de Hispanoamérica (sobre todo, Argentina y Uruguay) no fueron capaces de conectar de modo fructífero con los esfuerzos del interior, y su presencia se irá extinguiendo consecuentemente a lo largo de los años 50 y 60<sup>41</sup>.

El foco del resurgimiento del nacionalismo gallego se situará en la misma Galicia a principios de los años 60, cuando grupos de jóvenes universitarios nacionalistas orientados hacia la izquierda radical funden sendos partidos de orientación socialdemócrata (el Partido socialista galego (Psg) en 1963) y marxista-leninista (la Unión do pobo galego [Upg] en 1964). Estos dos partidos serán representativos de las dos tendencias ideológicas que, con diferentes cambios de siglas, alianzas y escisiones<sup>42</sup>, ostentarán la representación del espectro político, predominantemente izquierdista, del galleguismo hasta hoy<sup>43</sup>. Por el contrario, los repetidos intentos por articular un partido nacionalista de centro-derecha se han revelado inútiles, en buena parte por la insuficiencia de una potencial base social interesada en ello (perfectamente acomodada dentro del centro-derecha de ámbito español), es decir, de lo que podríamos denominar una “burguesía gallega”, y en parte también por el viraje regionalista protagonizado por los partidos de la derecha estatal desde 1980, factores ambos que han bloqueado la posible expansión del nacionalismo gallego hacia la derecha del espectro social.

Las bases sociales del nacionalismo gallego desde 1964 hasta hoy presentan en lo sustancial una continuidad acusada con las que poseía anteriormente a 1931, si bien se apuntan algunos cambios más cualitativos que cuantitativos. En la época de la clandestinidad, la base social del nacionalismo radical gallego mostraba un predominio de la *intelligentsia*, pequeña burguesía y una significativa presencia de obreros asalariados, como apreciamos en un censo de 79 militantes conocidos de la Upg hasta 1974 (Cuadro 6)<sup>44</sup>:

41. Cfr. X.M. Núñez Seixas, *A supervivencia do nacionalismo galego na emigración americana, 1939-1960*, in J. Tusell - A. Altet y A. Mateos (coord.), *La oposición al régimen de Franco*, Madrid, Uned, 1990, vol. I, pp. 312-22; B. Cupeiro Vázquez, *A Galiza de alén mar*, Sada - A Coruña, Edicións do Castro, 1989.

42. Para una aproximación a la historia política del nacionalismo gallego durante los primeros años de la Transición, cfr. únicamente C. Closa Montero, *La evolución política del nacionalismo gallego durante la Transición*, “Cuadernos de Ciencia Política y Sociología”, n. 20 (1988), pp. 25-40.

43. Apenas contamos con estudios destacables para la evolución del nacionalismo gallego desde 1960. Cfr. X. Cabrera Varela, *La nación como discurso. El caso gallego*, Madrid, Siglo XXI, 1992. Asimismo, cfr. los libros de testimonios de M.A. Fernán Vello y F. Pillado Mayor, *A nación incesante. Conversas con Xosé Manuel Beiras*, Santiago, Sotelo Blanco, 1989, y S. de Toro, *Camilo Nogueira e outras voces. Unha memoria da esquerda nacionalista*, Vigo, Edicións Xerais, 1991.

44. Datos obtenidos de M. Maderal Cal, *Unión do Pobo Galego (UPG) 1964-1974. Estudo socio-lóxico e organizativo*, Universidade de Santiago de Compostela, 1994 (trabajo inédito).

Cuadro 6. *Distribución socio-profesional de los militantes de la Upg (1964-1974)*

Profesores	16	20,25%
Profesiones liberales	10	12,65%
Empleados, funcionarios	21	26,56%
Obreros asalariados	12	15,18%
Estudiantes	12	15,18%
Artistas, escritores	4	5,40%
Artesanos, pequeños comerciantes	3	3,79%
Campesinos	1	1,26%
Total	79	100%

Tras 1975, son observables ciertas continuidades en cuanto a la base social del nacionalismo gallego, aunque también algunos cambios. En primer lugar, y sobre todo en lo referente al nacionalismo marxista-leninista, representado por la Upg (que después nuclea el Bloque nacional popular gallego [Bnpg], integrado desde principios de la década de los 80 con otros grupos de izquierda nacionalista y sectores independientes en una coalición política de carácter frentista e interclasista, el Bloque nacionalista gallego [Bng]), es de destacar una implantación sólida y una militancia muy dinámica tanto en el medio rural como en el urbano, que le permite además disponer de núcleos localizados de campesinos y obreros asalariados junto a la consabida base social de clases medias e intelligentsia urbana. Por el contrario, la corriente socialdemócrata (el Psg, Esquerda galega desde 1981 hasta 1993) se restringe casi exclusivamente a esos sectores de la intelligentsia, profesiones liberales y clases medias urbanas, con muy escasa proyección entre los sectores obreros (salvo en algunos núcleos muy localizados). Y ello ha hallado una traducción en sus bases electorales: mientras la corriente encarnada en el nacionalismo radical populista ha gozado de una distribución bastante uniforme de sus sufragios tanto en el medio rural como en el urbano, el nacionalismo socialdemócrata concentró desmesuradamente sus votos en el medio urbano y, dentro de éste, en las ciudades más industriales (sobre todo, Vigo)<sup>45</sup>.

45. Cfr. R. Blanco Valdés - R. Máiz - J.A. Portero, *Las elecciones en Galicia. I. El Parlamento gallego*, A Conma, Nós, 1982; R. Blanco Valdés, *Las elecciones en Galicia y el subsistema de partidos regional (1977-1982)*, en *Los procesos de formación de las Comunidades Autónomas. Aspectos jurídicos y perspectivas políticas*, Granada, Parlamentos Vasco, de Cataluña, de Galicia, de Andalucía, 1984, vol. I, pp. 281-312; X. Vilas Nogueira, *Las elecciones en Galicia (1976-1991)*, Barcelona, ICPS, Working Paper n. 57, 1992.

En segundo lugar, es de mencionar la notable expansión de un sindicalismo obrero de orientación nacionalista e izquierdista desde 1975, lo que ha permitido al nacionalismo gallego ganar sólida implantación entre diversos sectores asalariados: desde 1980, el sindicalismo nacionalista (unificado en la Confederación intersindical galega, Cig, desde 1993) ha experimentado un crecimiento constante, y en las últimas elecciones sindicales (1990) obtuvo un 28,2% de los votos y un 23,48% de los delegados<sup>46</sup>, lo que constituye por sí mismo un caso excepcional en Europa occidental — con la excepción del sindicalismo católico nacionalista vasco. Por su parte, el sindicalismo campesino desarrollado desde los años 70 en las zonas rurales bajo estímulo de los nacionalistas (Comisiones labregas, después el Sindicato labrego galego) ha conseguido una notable implantación — aunque con discontinuidades temporales — y asimismo una considerable capacidad de movilización en momentos concretos en favor de los intereses de los pequeños campesinos propietarios, sobre todo desde que la incorporación de España a la Cee sumió a la agricultura y ganadería gallegas en un estado de profunda crisis debido a sus dificultades de adecuación a la política agrícola común de la Cee.

Sobre esta base social originaria, el nacionalismo gallego en conjunto se mantuvo entre 1979 y 1989 en un techo de voto de un 12-15%, dividido además entre varios partidos, lo que debilitaba su representatividad política en detrimento de su proyección social real (e impedía, p. ej., el obtener representación parlamentaria en el Parlamento español). En general, la población gallega muestra una mayor inclinación al voto por partidos galleguistas en las elecciones autonómicas, mientras que en las elecciones estatales opta preferentemente por los partidos de ámbito español (al igual que ocurre en otras comunidades autónomas del estado).

46. La evolución de los resultados del sindicalismo nacionalista desde 1980 es como sigue:

% delegados sindicales	año
17,49	1980
18,94	1982
21,30	1986/87
23,48	1990

No disponemos aún de estudios empíricos sobre la evolución del sindicalismo nacionalista gallego, por lo que no podemos aquí profundizar en los sectores laborales en los que está mejor implantado, si bien una primera lectura sugiere que los resultados nacionalistas son mejores en el sector servicios, funcionariado y medianas empresas. Cfr. una visión sintética — y militante — en F. Acuña, 1990: *ano sindical galego*, “A Trabe de Ouro”, n. 2 (1990), pp. 261-66, así como las referencias de J.M. Führer-Ries, *Gewerkschaften in Spanien. Vom Klassenkampf zu kooperativen Strategien*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1991, pp. 265-270.

Con todo, la cierta estabilidad del espacio electoral nacionalista se mantuvo con pocos cambios, siendo sólo digno de mención el intento de estructurar un partido nacionalista de centro-derecha a mediados de los años '80 (Coalición galega [CG]), basado en buena parte en los restos de la estructura caciquil gallega del partido de centro español Unión de centro democrático (a los que se le unió un resucitado PG de orientación centrista)<sup>47</sup>, y que obtuvo unos nada despreciables resultados (15%) en las elecciones autonómicas de 1985. La falta de cohesión interna y de objetivos políticos definidos de CG pusieron sin embargo en evidencia la poca consistencia de su nacionalismo — para muchos sectores más una etiqueta de supervivencia política que otra cosa —, con lo que perdió incidencia electoral de modo acusado en los años posteriores. De todos modos, aunque CG había obtenido buena parte de sus votos en las zonas rurales interiores mediante métodos de clientelismo político canalizado por notables rurales anteriormente vinculados a Ucd (lo que hace problemática la inserción de CG dentro del campo nacionalista), cierto es que en las provincias costeras y en zonas urbanas y semi-urbanas sí logró articular una cierta proporción de voto galleguista moderado de centro-derecha.

El mayor éxito desde 1989 en términos de apoyo social ha correspondido, sin embargo, al Bng, que ha sabido moderar su imagen marxista-leninista y radical mediante la adopción de una estrategia más posibilista, un programa de medidas concretas e interclasista, y el inteligente aprovechamiento de las tensiones sociales y económicas provocadas en Galicia por la incorporación de España a la Cee. Una organización partidaria eficaz y disciplinada, un liderazgo carismático y estable (el de Xosé Manoel Beiras) y un mensaje que prima el nacionalismo posibilista por encima de metas maximalistas, presentándose a sí mismo como el defensor de los intereses del tejido productivo gallego amenazado por la recesión económica y la “claudicación” ante la Cee, ha podido captar en las últimas elecciones autonómicas (1993) un porcentaje de voto de un 19%, distribuido con gran uniformidad en áreas urbanas y rurales, y que ha capitalizado tanto el voto juvenil como buena parte de un voto de izquierda y desencantado. El Bng pasó de ser un partido con sólo relativa presencia en las circunscripciones urbanas, y que obtenía sus mejores resultados en una serie de enclaves aislados y en las áreas semi-urbanas del país (núcleos de población entre 5.000- 30.000 habitantes) a ser una fuerza que incluso sobrepasó al principal partido de la izquierda española (el Psoe) en 3 de las 7 principales ciudades gallegas (Ourense, Vigo y Santiago). El fracaso estrepitoso de la opción del nacionalismo de centro-derecha desde 1989 ha determinado además que una parte del voto posible de esa opción se concentre en el centro-derecha español, y otra parte se desvíe hacia la izquierda nacionalista.

47. Sobre la continuidad de las élites locales gallegas durante la Transición democrática, cfr. una documentada aproximación en G. Márquez Cruz, *La transición local en Galicia: continuidad de las élites políticas del franquismo y renovación de los gobiernos locales*, “Revista de Estudios Políticos”, n. 80 (1993), pp. 39-119.

Sin embargo, la disparidad de porcentajes de voto nacionalista entre elecciones generales y autonómicas (Cuadro 7) nos muestra que se trata aún de una base electoral fluida y en proceso de consolidación interna. Tenemos que recordar, además, que en una sociedad en la que los niveles de articulación de las culturas políticas son tan primarios como en Galicia, y que está siendo sometida a un proceso de rápidos cambios sociales en los últimos 15 años (mayor urbanización, envejecimiento progresivo de la población ocupada en el sector primario y retroceso de los hábitos rurales)<sup>48</sup>, el poder hacer una predicción de la futura evolución del movimiento nacionalista es realmente problemático. Sin embargo, todos los indicios actuales apuntan a que la heterogeneidad ideológica interna del Bng no le permitirá soportar una dinámica de mayor crecimiento, a no ser que se opte por una posición específicamente de izquierda nacionalista (en sentido amplio) y deje abierto el campo para una posible reestructuración de una oferta nacionalista de centro-derecha. Pero esta última posibilidad parece hoy más lejana que nunca, a no ser que se produzca una auténtica fractura dentro del partido político actualmente mayoritario en Galicia, el Partido popular, debido a las luchas internas que se supone tendrán lugar en su seno tras la retirada de su carismático líder Manuel Fraga<sup>49</sup>.

Cuadro 7. *Resultados electorales (en %) de los partidos nacionalistas.*

Elecciones generales						
Años	1977	1979	1982	1986	1989	1993
Votos	4,32	11,22	4,61	11,9	9,52	13,97
Elecciones autonómicas						
Años		1981	1985	1989	1993	
Votos		12,73	24,77	15,41	22,34	

### *Conclusiones*

El análisis de la base social del galleguismo a lo largo de casi 150 años de su historia, desde su fase provincialista hasta la plenamente nacionalista, muestra una tendencia lenta y con interrupciones, pero progresiva, hacia la configuración de un movimiento caracterizado por la expansión de sus apoyos sociales y que en 1936 iba camino de encarnarse en un moderno partido nacionalista de masas.

48. Algunos autores, desde un enfoque sociológico, inciden en los cambios cualitativos producidos en la última década de Galicia, presentándolos como posible precondition favorable al crecimiento del nacionalismo: cfr. X. Cabrera Varela, *Notas sobre el difícil proceso de construcción nacional en Galicia*, "Historia y Crítica", n. 4 (1994), en prensa.

49. Cfr. R. Villares, *La situado política de la Galicia actual: "Fraguismo" i nacionalisme*, "L'Avenc", n. 183 (1994), pp. 14-20.

La Guerra civil vino a interrumpir un proceso de crecimiento que se vio fuertemente acelerado en los años de la II República española (1931-1936), en el momento en el que el nacionalismo gallego adoptó una estructura organizativa moderna y llevó a cabo una labor política eficaz: en 1936, el movimiento galleguista era bastante más que un «resurgimiento cultural entre el campesinado», como afirmaba coetáneamente desde Londres el experto en minorías nacionales C.A. Macartney<sup>50</sup>.

En todo caso, si aplicásemos directamente sin más el esquema evolutivo de Miroslav Hroch<sup>51</sup>, concluiríamos que en 1936 el galleguismo se encontraba en un momento de acelerada transición desde la fase B de agitación política hacia la fase C de conversión del movimiento nacionalista en un movimiento de masas, y que tras una interrupción de más de 50 años se halla de nuevo en vías de evolución hacia esa fase, a pesar de la opinión restrictiva de otros autores que ya han empleado — aunque con ciertas modificaciones — el esquema del historiador checo para los movimientos nacionalistas de Europa occidental, optando por considerar que el galleguismo todavía no habría superado el estadio de afirmación cultural, incluso hoy en día<sup>52</sup>. Los argumentos que inciden en el subdesarrollo del nacionalismo y su supuesto parangón con el nivel de desarrollo del nacionalismo frisón u occitano se basan sobre todo en la consideración de la atrasada situación socio-económica de Galicia, la persistencia del clientelismo político y un bajo nivel de comunicación social (*social communication*) propiciado por la dispersión

50. C.A. Macartney, *National States and National Minorities*, Londres, Oxford UP, 1934, pp. 486-487.

51. Ya que el esquema ideado por el historiador checo para el desarrollo de los movimientos nacionalistas de Europa Centro-Oriental encuentra dificultades varias para su aplicación mimética en Europa Occidental (por ejemplo, en Occidente es más problemático referirse sin más a “naciones dominantes” y antagonismos de base étnica), aparte del hecho de que Hroch no explica en ningún momento cómo surge la idea de Nación, apenas tiene en cuenta la existencia de dinámicas de asimilación/aculturación entre los diversos “grupos étnicos” y peca de falta de consideración de los factores políticos e ideológicos, en aras de un determinismo socioeconómico poco flexible. El propio M. Hroch ha reconocido recientemente la necesidad de reconocer aquellos factores en un análisis comparativo (cfr. M. Hroch, *Nationales Bewußtsein zwischen Nationalismustheorie und der Realität der nationalen Bewegungen*, in E. Schmidt-Hartmann (ed.), *Formen des nationalen Bewußtseins im Lichte zeitgenössischer Nationalismustheorien*, Munich, Oldenbourg, 1994, pp. 39- 52); para una crítica contextualizada de su modelo, cfr. también G. Franzinetti, *Il problema del nazionalismo nella storiografia dell'Europa centro-orientale*, “Rivista Storica Italiana”, CIII-3 (1991), pp. 812-846.

52. AsiH.J. Puhle, *Nazionalismo periferico, regionalismo e regionalizzazione nell'Europa occidentale del XX secolo*, in F. Andreucci y F. Pescarolo (eds.), *Gli spazi del potere*, Florencia, La Casa Usher, 1989, pp. 199-218.

tradicional de la población gallega en pequeños núcleos de población, lo que conllevaría a su vez un localismo extremo y consecuentemente una gran dificultad en concebir una identidad “gallega” supralocal<sup>53</sup>. Juan Linz expuso ya en 1972, de modo intuitivo, otras causas para el *subdesarrollo* del nacionalismo gallego en relación con el vasco o el catalán: la alta emigración hacia América, que actuaría como válvula de escape a las tensiones sociales en el campo y a la vez privaría a éste de los elementos jóvenes y los sectores más activos e inquietos políticamente; y en relación con esto la ausencia de una élite rural que pudiese, en ausencia de una burguesía potente, actuar de fuerza catalizadora del movimiento nacionalista: la falta de apoyo por parte del clero rural, posible élite alternativa, hacia el galleguismo, volvía para éste la situación aún más difícil<sup>54</sup>.

Parte de estas apreciaciones son asumiblos, pero yerran en la consideración comparativa del nacionalismo gallego — transmitiendo la imagen de su retraso relativo en relación con sus *partners* vasco y catalán hacia el conjunto de los movimientos nacionalistas de Europa occidental — y mantienen una imagen sumamente estereotipada del campo gallego, que hoy en día está más que matizada y revisada por la historiografía más reciente<sup>55</sup>.

Parece difícil poder mantener, a la luz de lo expuesto, que el galleguismo sea equiparable a los minoritarios núcleos *bretonnants* de los años 20 y 30 o de hoy en día, o a un nacionalismo occitano que actualmente parece hallarse en vías de práctica extinción<sup>56</sup>. Y a diferencia del movimiento nacionalista sardo, de una cierta importancia hoy en día, el nacionalismo gallego posee una historia y una tradición ideológica bastante más asentada<sup>57</sup>.

53. Sobre este argumento incide, p.e., M. Gondar Portasany, *Crítica da razón galega*, Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1993.

54. J.J. Linz, *Early State-Building and Late Peripheral Nationalisms Against the State: The Case of Spain*, en S.W. Eisenstadt - S. Rokkan (eds.), *Building States and Nations*, Beverly Hills, Sage, 1972, vol. II, pp. 32-112.

55. Cfr. A. Artiaga Rego - M.J. Baz Vicente, *Os estudos de historia agraria da Galicia contemporánea, 1982-1992: balance dunha década*, in J.G. Beramendi (coord.), *Galicia e a historiografía*, Santiago de Compostela, Tórculo Edicións, 1993, pp. 275-302.

56. J.-Y. Guiomar, *Fédéralisme, régionalisme et minorités nationales en France entre 1919 et 1929*, “Le Mouvement Social”, vol. 70 (1970), pp. 89-108; W. Beer, *The Unexpected Rebellion. Ethnic Activism in Contemporary France*, New York, Columbia UP, 1980.

57. Cfr. D. Petrosino, *National and Regional Movements in Italy: the Case of Sardinia*, in J. Coakley (ed.), *The Social Origins of Nationalist Movements. The West European Experience*, Londres, Sage, 1992, pp. 124-46.

Por no hablar de los movimientos nacionalistas frisón, escocés o, incluso galés en el período de entre-guerras (si bien actualmente el caso gallego es más comparable, sobre todo, al caso galés)<sup>58</sup>. Aunque su desarrollo haya sido y sea sólo relativo en relación a otros movimientos nacionalistas de mayor implantación tales como el catalán o el vasco, el nacionalismo gallego tampoco puede ser englobado en una misma categoría analítica que los movimientos nacionalistas apuntados. Ciertamente, el notable lapso que suponen en la historia contemporánea española cuatro décadas de dictadura franquista, en comparación con el lento pero progresivo avance de los nacionalismos periféricos en Europa occidental en la Europa de posguerra y sobre todo tras 1960, distorsiona en mucho la adecuada apreciación sincrónica de esos movimientos en relación con el gallego.

Por otro lado, es preciso tener en cuenta que el medio rural gallego antes de 1936 no solamente era un mundo de atraso y pobreza, en el que dominaban caciques omnipotentes y obedecían campesinos displicentes y pasivos<sup>59</sup>. Las élites rurales que potencialmente podían prestar un apoyo al nacionalismo, y que en efecto así lo hicieron en parte, emergían de la pequeña burguesía profesional semi-urbana, que actuaba a su vez de catalizador p.ej. del movimiento agrarista y de la vigorosa prensa local de agitación anticaciquil del primer tercio de este siglo<sup>60</sup>. Ciertamente es que el clero rural no proporcionó esa posible élite dirigente rural y se mantuvo ajeno al galleguismo, como la mayoría de la Iglesia católica en Galicia<sup>61</sup>. Tampoco la *fidalgúa* se inclinó en su día hacia el galleguismo, ni hoy tienden a hacerlo mayoritariamente los pequeños propietarios campesinos. Pero, por otro lado, la emigración transoceánica no sólo ha de contemplarse en la primera mitad del siglo XX como un factor únicamente negativo para la dinámica social de Galicia: también tuvo la virtualidad de alentar y posibilitar buena parte de los cambios y movilizaciones sociales que tenían lugar en el campo gallego antes de 1936,

58. Cfr. L. Davis, *The Welsh Nationalist Party, 1925-1945: A Call for Nationhood*, Cardiff, Univ. of Wales Press, 1985; I Brand, *The National Movement in Scotland*, Londres, Routledge, 1978; A. Zondergeld, *De Friese beweging in het tijdvak der beide Wererldoorlogen*, Leeuwarden, s. ed., 1978; A. Deniel, *Le mouvement bréton, 1919-1945*, París, Maspero, 1976.

59. Cfr. R. Villares, *A agricultura galega, 1870-1930: unha época de grandes transformacións*, en *Les campagnes portugaises de 1870 à 1930: image et réalité*, París, Fondation Calouste Gulbenkian - Centre Culturel Portugais, 1985, pp. 95- 117.

60. Cfr. Hervés Sayar, *Agrarismo*, cit; JA. Duran, *Historia de caciques, bandos e ideoloxías en la Galicia no urbana*, Madrid, Siglo XXI, 1974.

61. Lo que también incidió sobremanera en el hecho de que durante el Franquismo el nacionalismo gallego no sufriese una cierta hegemonización por parte del catolicismo, debido a la necesidad de refugiarse bajo el manto protector de la Iglesia, como ocurrió p.e. en los casos catalán y vasco. De ahí también la extrema debilidad del pensamiento político nacionalista de orientación social-cristiana o demócrata-cristiana en Galicia tras 1936, en contraposición p.e. con el caso de Cataluña: cfr. para este último J. Colomer, *Espanyolisme i catalanisme. La idea de nació en el pensament polític català (1939-1979)*, Barcelona, L'Avenc, 1984.

tanto a través de las remesas de dinero enviadas por los emigrantes como mediante el influjo político y social de los emigrantes retornados y de las mismas sociedades gallegas de ámbito local o comarcal existentes en Buenos Aires o La Habana, que intervenían activamente en las dinámicas políticas locales<sup>62</sup>. Proceso de cambio todo lo relativo y con altibajos que se quiera, pero que modifica en buena medida la imagen tópica de la inmóvil Galicia rural y ayuda también a comprender el por qué de la cierta expansión social del galleguismo — al compás de otros movimientos sociopolíticos, como el mismo agrarismo — durante los años 20 y sobre todo la década de los 30.

La guerra civil de 1936-39 se presenta como la charnela decisiva que permite separar dos épocas diferentes y que, sobre todo, ayuda a entender algunos fenómenos interrelacionados: la interrupción del proceso de avance del movimiento nacionalista y la práctica desaparición de un modelo de desarrollo y dinámica social en el campo, basado en la vigorosidad y relativa pujanza de un modelo asociativo campesino orientado también hacia la innovación técnica y el cooperativismo<sup>63</sup>; y, en consecuencia, el hecho de que a partir de los años 60, los cambios sociales que a su vez tienen lugar en España y en Galicia crean nuevas coordenadas (mayor urbanización de la sociedad, terciarización de la economía, alta emigración en los 60 hacia las ciudades, etc.), junto a una desmovilización política general en el sector agrario que hizo imposible volver a la dinámica política anterior a 1936. El escaso tiempo del que dispuso el nacionalismo gallego durante la II República para implantar más sólidamente su progresivo crecimiento determinó que el galleguismo tuviese que refundarse, en la práctica, en los años 60 con otra orientación política (de izquierda obrera) en busca del estrato social que va cobrando fuerza: el proletariado urbano, pero sin perder el interés por conquistar al campesinado pequeño-propietario a la causa del nacionalismo.

Desde los años 60, las bases sociales activas del nacionalismo no cambian mucho en naturaleza de las que tendieron a apoyarlo con anterioridad a 1936, si bien es perceptible un aumento de la componente popular y de la implantación en algunas áreas rurales, especialmente de la militancia del Bng. A las capas sociales pertenecientes a la intelligentsia urbana, clases medias profesionales y trabajadores “de cuello blanco” se unen ahora, sin embargo, significativos núcleos de obreros asalariados y, en menor medida, de campesinos propietarios, gracias en parte al dinamismo del sindicalismo nacionalista tanto obrero como agrario.

62. Una aproximación más específica a esta cuestión en X.M. Núñez Seixas, *Las remesas invisibles. Algunas notas sobre la influencia sociopolítica de la emigración transoceánica en Galicia, 1890-1930*, “Estudios Migratorios Latinoamericanos”, n. 27 (1994), en prensa.

63. Cfr. L. Fernández Prieto, *Franquismo y desarticulación social en Galicia. La destrucción de la organización societaria campesina. 1936-1942*, “Historia Social”, n. 15 (1993), pp. 49-65

El reciente aumento electoral del nacionalismo gallego, que tiene lugar de un modo uniforme tanto en el medio rural como en el medio urbano — si bien centrado más específicamente en éste —, y que cuenta además con una componente muy importante de voto juvenil, apunta un cambio cualitativo en la dinámica socio-política de Galicia, que encierra razonables posibilidades de hallar continuidad en el futuro.

¿Qué lecciones nos puede ofrecer el panorama analizado de la evolución social del galleguismo?

Básicamente, las siguientes:

1. La etnicidad, por sí sola, no es suficiente para poder generar un nacionalismo socialmente significativo si no va acompañada de una situación de cambio social y económico de tipo cualitativo; sin embargo, la etnicidad sí que permite un nacimiento precoz de la simiente ideológica del nacionalismo y su mantenimiento durante un tiempo continuado, en evolución más o menos constante, incluso en medio de un entorno social poco favorable.

2. Las actitudes nacionales de los diferentes grupos sociales no son fijas ni permanentes, pero no por ello cambian fácilmente: y, especialmente, si una élite dominante no abraza un movimiento nacionalista, éste encuentra serios problemas para su expansión, de modo particular si no cuenta con el apoyo de la burguesía. Pero en coyunturas de cambios económicos y sociales importantes, incluso sin el apoyo de clases dominantes puede un nacionalismo experimentar un desarrollo notable, siempre y cuando su orientación política ofrezca un programa aceptable y adecuado a las necesidades de sectores como la pequeña burguesía urbana, trabajadores de cuello blanco o el pequeño campesinado propietario.

3. La presencia de instituciones de autogobierno (estatales o, en este caso, regionales: la nueva administración autonómica) juega un papel no desdeñable en la promoción de la identidad y del sentimiento nacional: la existencia de una administración autonómica gallega desde 1980 ha contribuido sin duda al incremento de la conciencia particularista del conjunto de la población, y especialmente de las generaciones más jóvenes.